



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECLARO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14042

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
PENINSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 1.000.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24**

VIERNES 18 DE SEPTIEMBRE DE 1908

**CONDICIONES**  
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondiente al Norte: Mr. J. Dorelli, 14, rue Rougemont; Mr. J. G. Smeets, 51, Faubourg Montmartre.

**La Unión y el Fénix Español**  
Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL  
43 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VÍDEA, 25.—COMPAÑÍA.—Calle 4.ª principal.

## MEJORA QUE SE IMPONE

Tiene Cartagena en casi todo el resto de España, bien adquirida fama de una población limpia, bonita, aseada y culta, ya unque á otros nnos que, extraordinariamente esta opinión de que disfrutamos, preciso es comenzar, despojándonos de toda pasión, que se nos juzga por fuera algo mejor que nosotros nos merecemos.

Queremos, es cierto, que nuestra ciudad sea limpia, higiénica y culta, pero como no pasamos de querer y del deseo á la realidad, media un abismo, que sólo, se llena con un buen canal de energías, nuestros aparentes esfuerzos se estrellan siempre ó casi siempre contra el insuperable obstáculo de esta optimista indiferencia que nos domina y que nos pone al nivel de aquellos héroes de la famosa «Obli-», almas abiertas á todos los entusiasmos y á todos los olvidos y que magníficamente nos describe el notable escritor José Nogales, en su satírica novela, «El último patriota».

El forastero que por primera vez nos visite, trayendo como bagaje la excelente impresión de nuestra fama, sufrirá profundo desencanto si se fija en el espigarrado contraste que se ofrece á su vista, al contemplar la hermosura y magnificencia de nuestra estación y la entrada á la ciudad por las legendarias puertas de S. José.

Aquel desmonte cubierto de escombros que se ve á la derecha, el trozo de muralla arruinada á la izquierda, la rampa que dá acceso al depósito municipal, las vetustas puertas de los Paños, de la Casa de Misericordia, dan aspecto á Cartagena de ciudad portu- que aplazada en el corazón mismo de Marrocos, á donde ni llega ni ha llegado jamás el más leve eco de la moderna civilización.

Hace mucho tiempo que clamamos por que aquellas ruinas desaparecieran, es más, en la conciencia de alcaldes, síndicos, concejales y particulares, está fija la idea de la desaparición, pero el tiempo avanza y en aquellos sitios no se dá siquiera ni una sola palatada para remover los escombros, y Cartagena continúa presentando su asqueroso aspecto ante el forastero que por primera vez nos visite.

Existe el proyecto de hermosear la entrada de la población por aquella principal arteria, pero quizá ese proyecto duerma eterno sueño en alguna dependencia municipal, sin que una voluntad energética le saque de su profundo letargo, diciéndole como á nuevo Lázaro, «levántate y anda».

¿Encontraremos entre nuestros actuales gobernantes el mágico conjuro, que convierta en realidad provechosa lo que hasta la presente solo ha sido una fantasía irrealizable?

Se construirán en aquel sitio, hermosos edificios, magníficos jardines para que se diferencie la entrada de la población de España, de la de

pueblos de la importancia y categoría de Getafe y Navalcarnero? Lo esperamos....

## Notas alegres

### Cruces y Calvarios

Hace ya algunos años que no tenemos guerras coniales ni civiles, afortunadamente. No se dispara un tiro, ni se derrama una gota de sangre en nombre de la patria. ¡La paz reina... en los espíritus! Y, sin embargo, cada día se ven por ahí más héroes, verdaderos ó supuestos, que llevan su correspondiente cinta ó botón decorativo en el hojal de la solapa.

¿Quiénes son esos ciudadanos pacíficos? Las gentes sencillas contemplan con admiración sus bigotes puntiagudos, sus perillas enebadas, su actitud entre respetable y fiera, su continente marcial y su aire de veteranos, y piensan que son ilustres soldados de la patria, rayos de la guerra, en situación de cuartel, ó sea, en su lugar desquaso.

Pero no hay tal. En su mayor parte, y salvo muy contadas y honrosas excepciones, esos individuos del botón y la cinta suelen ser escribientes de ministerio, ordenanzas de tal ó cual dependencia, ó licenciados de la clase de tropa en traje de paisano, que no suelen, y hacen bien, ni á tres tirones el emblema de su distinción ó de su arrojo.

Después de todo, al quererse singularizar, no hacen otra cosa que lo que por otros senderos menos derechos hacen otros ilustres percheos, que no apean el tratamiento ni al lucero del alba, aun cuando todas esas cosas no sirven para nada más que para hacer sonreír maliciosamente á las personas de verdadera distinción.

Pero como estas son menores en número que las vulgares, resultan que los amigos de esas pequeñas exhibiciones logran su deseo de causar admiración á las gentes vulgares. Y... vamos viviendo!

Donde más de relieve se ponen esas majaderías, es donde precisamente habría de dominar más la nota seria y discreta: en las esquelas de funeral, pero es allí precisamente donde la vanidad ridícula suele acumular los tratamientos y las distinciones honoríficas.

Ahí es donde salen á plaza los tratamientos de excelencia, y de ilustrísima, los cruces grandes y pequeños, cargos y menciones honoríficas, y aún los parentescos ilustres ó los títulos nobiliarios, que, verdaderamente si ahí no se exhiben, ¿cómo ni cuándo se volverán á usar? Y al menos, en esos casos tristes se tiene la seguridad de que no hay nada de matute.

Donde se lleva uno solemnemente chacos es en el trato social, tomando á veces, por un excelentísimo señor á un respetable forter, sólo porque lleva en el ojal algo que destaca, y que sirve precisamente para eso... para destacar.

En cambio, algunas veces ocurre que, en el tranvía, ó en cualquier otro sitio público, al lado de esos congrios

de relumbrón va un verdadero eminente sin ostentación y con sencillez, que podría ponerse el pecho y la solapa llenos de condecoraciones honoríficas, y jamás se las pone, gustándole pasar desapercibido.

En el mundo, ha de haber de todo, y ya que abundan los pretenciosos insignificantes, también es bueno que no escaseen los verdaderos ilustres, que han prestado á su patria servicios eminentes.

Ello es que cada día hay más tarjetas conmemorativas, más estatuas, más hijos adoptivos de tal ó cual población, y que en esto como lo relativo al piano, no verdaderamente distinguido es no saberlo tocar, y por consiguiente, en materia de cruces y calvarios, lo mejor y más distinguido es no tenerlos, supuesto que ya las llevan hasta los más gedeones y calinez.

ABEL IMART.

## La Bandera

La bandera es el campanario de la aldea. Abri- ga al regimiento. Se vive bajo su sombra, y bajo su sombra se muere. Es el punto luminoso donde se encuentran todas las miradas. Lejos de la familia y de la Patria, ella recuerda la familia y la Patria.

(«General Amber»)

Sobre la tierra silenciosa, á la última luz de la tarde, el bucaral en flor brilla un vasto incendio radiante. De cuando en cuando, una flor arranca da por la brisa, cae, apagándose en la sombra como una llama tremula. Por entre los búcaros que asomaban al camino marchaba el batallón, por cima de las cabezas de los soldados, amarilla, azul y roja, flameaba la bandera, bella y vibrante como un himno.

Ora se ocultaba, ora aparecía, según las ondulaciones del camino, y ya ocultándose, ya apareciendo, alegre, vistosa y pintoresca, abierta el ala sonora sobre el batallón en marcha, se la creía, bajo la luz del crepúsculo, una gigantesca mariposa fantástica, amarilla, azul y roja, errada

por el Sol, en el fondo valle del Tuy, un claro día de Abril, para arrancar á la copa, sangrienta de los búcaros, con sus élitos silbando un áspero licor del trópico.

La bandera de aquel batallón, que ora aparecía, ora se ocultaba, era toda seda. Los más finos gusanos de la China habían dormido, en el misterio de su claustro, sobre las ramas de las moreras, un largo sueño de bellezas, hasta hilar en la rueca del dolor y del silencio el fino hilo sutil con que había sido labrada la tela preciosa de la guerrera joya tremulante. Y ahora al flamear en el aire, recogía entre sus pliegues caprichosos, mil sonoras músicas.

Entre sus pliegues vibraban canciones dolientes, besos de amor, ayes de despedida, suspiros de nostalgia, imprecaciones de cólera, quejas dolorosas, risas macabras, silbidos burlescos: en suma, toda el alma de un ejército, romática y triste, alegre y taciturna, azul y negra. Por esto ama el soldado á la bandera, y porque además es un símbolo de su vida atorada. La bandera no sabe al viento que se inclina, y en su dudoso indeciso y trémulo, copia la angustia del alma y el misterio del destino.

Aquella bandera era el orgullo, la vanidad y la alegría del batallón. Cada soldado la amaba como á su querida. En las marchas, tras de una tirada se volvía hacia ella. Y muchas veces, herida por el sol, brillante como un espejo, al verla, la mirada del soldado tomaba la expresión de magia. En el silencio de la noche, cuando se oía en el aire el ropón encantado de una musa ó de una hada, en un viejo cuento maravilloso.

Había, en verdad otras banderas tal vez nobles, ligadas, por el recuerdo de algún hecho heroico, á la historia del batallón. Banderas atravesadas por el plomo, embebecidas por el humo de la pólvora, pero aquella era la preferida entre todas. La que obedecía esta preferencia? Tal vez porque era de seda, quizás porque no era una sola banda del iris nacional, sino todo el iris. Tal vez no. Tal vez sí.

Hay en la vida de los ejércitos singulares amores. Se ama una fetta, se ama un pueblo, se ama una mujer, se ama un arma, y se ignora la causa.

En suma, la bandera de seda, la bella y sonora bandera era el amor del

batallón. Se la amaba y se la admiraba. Era hermosa como una mujer, linda como una flor, sonante como una música, pintoresca como una tarde.

En sus pliegues dormían las victorias como las abejas en la colmena, como las gotas de agua en la mar. El alma del soldado venezolano se la había alma de artista. En el fondo de su ser vibra un alma de poeta como un cigarra canora en el profundo heliotropo de un crepúsculo. Ama los colores porque es hijo del sol; ama la música porque vive entre torrentes que son líras de cristal. Y al amar la bandera, ama la música y el color, porque la bandera es una flor de luz un ramillete de sonidos.

Bajo la sombra que caía del cielo, la bandera que ora aparecía, ora se ocultaba, entre el bucaral en flor, desapareció por completo. Cayó la noche. A poco el batallón acampó en el pueblo. Se destinaron los centinelas y se nombró la guardia nocturna.

El pueblo, un pueblo triste como todos los pueblos de Venezuela, tenía un nombre romántico, Vagaya, y aparecía como una mancha taciturna sobre la acatita preciosa del paisaje. Así son nuestros pueblos, mancha taciturna sobre un paisaje maravilloso.

Frente al pueblo, pasando el río, se alza un cerro que es una maravilla. Es negro y elegante como una joya. Es redondo como un seno de virgen y frágil como un cáliz; y como el seno y el cáliz aspira capiosa y ruidosa fragancias. Porque en el cerro, como en un prodigioso ramillete, ha reunido la naturaleza del trópico, como en una sola joya, todas sus joyas. Es una alhaja curada de alhajas. Es como una gran flor, en cuyo abierto cáliz pomposo vivieran todas las flores.

Allí las blancas nievas, de pétalos fragilísimos, como hechos de espuma ó de polvo; los mastreos ardientes y rojos como labios de mujer, los candelabros que son joyas de rubíes y todas las espedaderas, hasta las águedas, las pascas, azules que se abren sobre la tierra como pupilas, espaldas, nostalgia de un tranquilo rincón del paraíso.

Pasado el cerro, sigue el camino hacia el llano triste y romántico... El batallón durmió en el pueblo, libre de temores. Pero á la mañana, al

## EL ALIMENTO DE LOS DIOS 220

Hay tiempo, para que, por una vez, se convenga con la compasión: aun estamos quemando hoy y enterrando los alitos dorados, cayendo ayer las bombas, pero ya lo dominaremos todo. Confió usted en mí y verá cómo acabamos con la anomalía de recurrir á la crueldad ni á la injusticia.

—Pero—dijo Redwood—supongamos que los hijos de la hebreo-orfía no se avienen con esas revoluciones...

Caterham miró de trase al sabio por primera vez, y dijo:

—Se los obligará á ello.

—No está qué aceptar.

—¿Por qué no han de aceptar?—preguntó Caterham con asombro.

—Supongamos usted no quisieran...

—Pues habrá guerra. Esto no puede seguir así; de ningún modo podemos consentirlo. Pero ¿no tienen usted dos imaginación los hombres de estencia? ¿no tienen la compasión del prójimo? No podemos consentir que en paraiso de monstruos y de grandezas enormes producidas por el alimento de ustedes, aplaste á nuestro hermano; no señor, ni lo podemos ni lo queremos consentir; y tenga usted en cuenta que lo ocurrido se ha sido más que la iniciación, una simple ocurrencia, una cuestión de policía nada más, y que los de nosotros...

## Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 217

...el capítulo de palabras nuevas y todas pero se apoderada de él la extraña sensación de que si no terminaba pronto aquel monólogo, esto se arrastraría, y se veía precisado á luchar con la voz de Caterham del mismo modo que se lucha con una droga. Pero los hechos se habían alzado y se guita alzó sobre el pedestal de la voz del hábil político. Y qué decía aquel hombre? Habla de homicidio. ¿Y luego? Luego, proponía un convento proponía que los hijos del alimento que habrían sobrevivido capitalistas y se foran á formar fejos, muy fejos, una comunidad separada y propia.

—¿Dónde?—lo interrumpió Redwood detenido y precipitadamente de argo de suso.

Caterham se agitó á la conversación. «¿Dónde? qué envidia alguna pregunta? volvió los ojos á Redwood y murmuró como si fuera de peraliva resultó:

—Ya se á terminarla, eso es una cuestión económica.

—Luego, ¿quién es el que se está ocupando de esto? ¿Y qué se está haciendo? ¿Dónde están los señores? ¿Dónde están los señores? El alimento y los señores están en el mundo que se está ocupando de esto.

—Redwood, ya dentro de la negociación, preguntó:

—¿Qué se está haciendo? ¿Dónde están los señores? ¿Dónde están los señores? El alimento y los señores están en el mundo que se está ocupando de esto.